

colección rúbrica



ELOÍSA PARDO



A LA MANERA DE MAYO
Y SU CUCHILLO

(9131 días. 25 años)

09 de junio de 1998 – 09 junio de 2023

esstudio
ediciones

Dos palabras

*Esta noche al oído me has dicho dos palabras
comunes. Dos palabras cansadas
de ser dichas. Palabras
que de viejas son nuevas.
Dos palabras tan dulces que la luna que andaba
filtrando entre las ramas
se detuvo en mi boca. Tan dulces dos palabras
que una hormiga pasea por mi cuello y no intento
moverme para echarla.
Tan dulces dos palabras
que digo sin quererlo —¡oh, qué bella, la vida!—.
Tan dulces y tan mansas
que aceites olorosos sobre el cuerpo derraman.
Tan dulces y tan bellas
que nerviosos, mis dedos,
se mueven hacia el cielo imitando tijeras.
Oh, mis dedos quisieran
cortar estrellas.*

ALFONSINA STORNI,
El dulce daño

27 de septiembre de 1997
Sábado

Mañana es mi cumpleaños. Cumplo cuarenta y cuatro. Estoy guapa.

Tengo tres hijos: dos chicos, de veintiuno y diecinueve años, y una niña de ocho.

Dirijo una tienda en una localidad cercana. Concretamente un videoclub. En ratos libres hago seguros para una correduría. A puerta fría. Me divierte. Se me da bien.

Me veo todas las películas que puedo, o sea casi todas las que entran en mi negocio.

Estoy casada y tengo un perro que se llama *Haro*.

No paro en todo el día, entre la intendencia de la casa, los dos viajes al videoclub, los seguros, los cambios de películas y el horroroso horario de tienda; mis tres hijos, la compra, las comidas, los problemas cotidianos.

Mi marido viaja mucho. Estoy sola.

Tengo un *Citroën BX* rojo.

Mañana es mi cumpleaños.

Son las tres de la tarde, o las quince horas, da igual; el caso es que mientras espero el ascensor para subir a

casa, con dos bolsas llenas de comida, que he dejado en el suelo para darme un respiro, me da por tocarme las tetas y noto un bulto en el pecho izquierdo.

Y ahí comenzó todo.

A la vida, para que se relaje un poco.

«Somos el tiempo que nos queda».

J.M. CABALLERO BONALD

Octubre de 2022

Acaba de abrir el día.

Me levanté aún de noche, a oscuras, sólo guiada por la respiración de *Chewie* que me precedió hasta la sala. Con una taza de café y la novela que estoy leyendo, *Una rosa sola*, de Muriel Barbery, esperé, acomodada entre los cojines amarillos del sillón, la llegada del lubricán. Sin levantar la vista del libro, lo oía avanzar, manso, lujurioso, triunfante, lamiendo las azoteas y las copas temblonas de los árboles. Se ha levantado el telón de un nuevo día.

Mi perro, ovillado entre mis pies, se despierta cuando cierro el libro y me levanto.

«*No hay más que el amor. El amor y, después, la muerte*», es la frase con la que acaba la novela.

Ahora nos iremos, *Chewie* y yo, a recorrer la mañana, a descubrir el mundo, a marcar el territorio, para creernos dueños de esta inexplicable aventura. Antes, recuerdo con ternura, hacía ese mismo recorrido con *Haro*, mi entrañable perrillo de aquellos años. Le dediqué un libro, *Haro y yo*; se lo merecía. Él se lo merecía todo. Nos brindó doce años de amor, de lealtad, de buenos momentos. Le recordamos todos en la familia. Lo recuerdan los amigos y toda la gente que lo conoció.

Ahora, es mi Pomerania el que acompaña mis salidas, el que escucha mis ansias y mis sosiegos.

Durante el paseo, cuando veo que no hay nadie por los alrededores, acoplo las palmas de las manos a mis pechos. Las mantengo allí un largo rato, protegiéndolos, mimándolos, transmitiéndome seguridad. Es una costumbre no demasiado correcta ni estética, pero que conservo desde aquel año.

Incluso cuando me levanto en la noche para ir al baño, sin encender la luz, alumbrada apenas por el resplandor tenue que entra por las ventanas, voy con las manos encajadas en ellos. A veces lo hago con disimulo durante un encuentro poético. En el cine. Cuando miro la luna. Mientras hago el amor.

Son las secuelas que me quedaron de aquel terremoto.

Creo que me quedé bastante tocada de la experiencia. Aún continúo en aquella batalla.

Estamos acabando octubre. Calor de más. Se prolonga un verano cansino. Cambio climático.

El fin de semana pasado, colocando agendas, borradores de novelas, poemarios y libros, intentando ordenar el caos que siempre reina en mi pequeño estudio, me topé con el cuaderno verde en el que iba anotando, día a día, todo el proceso de mi enfermedad.

Lo cogí con dos dedos, como si fuera algo maloliente y asqueroso, y lo tiré a la bolsa negra de basura que tenía al lado para hacer la limpieza que me había propuesto esa mañana.

Más tarde fui a rescatarlo.

Yo, que leo hasta los papeles que voy pisando por la calle, nunca había leído con atención el informe médico que me dieron cuando acabé el tratamiento, ni había vuelto a repasar apenas todas las notas de aquel cuaderno verde; un par de veces, cuando el recuerdo se hacía más vivo, sí intenté escribir sobre ello, pero siempre abandonaba la idea, veía que no me hacía bien. Tampoco había sacado ni abierto nunca el maletín que tengo en el altillo de un armario, donde guardo la peluca que usé en aquellos meses. Y apenas escribí, en todos los poemarios que ya llevo publicados, media docena de poemas sobre el asunto; y siempre porque me los pedían para recitar en el *Día internacional de la lucha contra el cáncer de mama*.

Últimamente sí lo hago, incluso me he atrevido a recitarlos en público, algo que nunca se me hubiera ocurrido. Pudor, miedo, no querer recordar, mencionar siquiera la palabra «cáncer». Pero ahora parece que algo enquistado necesite salir. Que le dé el aire. Después de tanto tiempo.

Por ahí tengo también algunos apuntes tímidos aludiendo a la rabia y a la pena. Al desconcierto. Al goce y al aprendizaje. Algunos poemas de aquella época.

Todo eso lo tengo ahora sobre la mesa de mi estudio.
Creo que ha llegado el momento.

Estoy hojeando el cuaderno. Y echo cuentas. El año que viene, el próximo mes de junio, hará veinticinco años de aquel noviazgo forzoso. De aquel matrimonio obligado.

O sea que, pronto, dentro de ocho meses, haremos nuestras bodas de plata.